

DIPLOMACIA AMERICANA

A medida que el Estado moderno ha dejado de ser lo que Jacobo Burckhardt llamaba, refiriéndose al Estado del Renacimiento, una «obra de arte», la diplomacia, que es la proyección exterior del Estado y la política, ha sufrido radicales transformaciones. Desde que nuestro mundo vive bajo las perspectivas devastadoras de las guerras mundiales, a saber prácticamente desde 1914, la diplomacia se ha convertido en un modo de actividades humanas no sólo sin sustancia, pero a la vez sin forma y sin expresión. Ni los sueños de la Sociedad de Naciones y sus elucubraciones pacifistas, ni las curiosas formas de negociación «a escala mundial» de la O. N. U., han podido devolver a la diplomacia su perdida sustancia, su forma o su expresión auténtica.

Todo ello se llama, en lenguaje al día, la crisis de la diplomacia. Ella coincide prácticamente con lo que de igual modo se suele llamar la desaparición del derecho internacional. De tal forma es patente el fenómeno, que la misma enseñanza del derecho internacional en las Universidades del mundo libre se lleva a cabo con cierto pudor, con el mismo pudor que sienten los defensores de los estudios clásicos, en un ambiente dominado por la formación «técnica», práctica y utilitaria de las nuevas generaciones.

Ahora bien, esta crisis de la diplomacia coincide en parte con lo que Harold Nicolson llama «la transición entre la vieja y la nueva diplomacia», o mejor dicho, con el predominio del método americano, como diplomacia de base del mundo libre. El mismo Harold Nicolson afirma que a los tres métodos diplomáticos ejemplares que han hecho historia, a saber el método griego, el método italiano y el método francés, sigue el método americano, con el cual se opera un cambio radical en los procedimientos diplomáticos de tipo clásico. Esto no quiere decir que la conversión de los Estados Unidos

en potencia mundial haya provocado la crisis de la diplomacia del mundo libre, sino simplemente que la presencia misma de Norteamérica al frente del mundo libre coincide con un período de profunda crisis de la convivencia internacional y de los procedimientos diplomáticos.

Harold Nicolson considera el método de la diplomacia francesa en cuanto teoría y procedimientos de negociación en la escala internacional, inaugurada por Richelieu, y vigente en Europa hasta 1919, «como la más apropiada para las relaciones entre los Estados civilizados». Este tipo de diplomacia, afirma el escritor inglés en su libro *Evolución de los métodos en la diplomacia*, «respetaba la cortesía y la dignidad; aseguraba la continuidad de la negociación y cuidaba las transiciones; tomaba en consideración las realidades del poder efectivo; designaba la buena fe, la lucidez y la precisión como cualidades esenciales para toda negociación válida». Bajo el imperio de esta diplomacia, Europa conservó su primacía mundial; no se admitió nunca, ni siquiera teóricamente, que las grandes potencias son iguales a las pequeñas potencias, y nunca se abandonó, como actitud básica, la idea de la responsabilidad de la paz a cargo de las grandes potencias.

A la vez que la crisis de estas ideas básicas de la antigua diplomacia europea, se produce la aparición de los Estados Unidos como potencia mundial inmediatamente después de la primera guerra mundial. La mentalidad americana no participaba, por otra parte, de la nostalgia por los antiguos métodos diplomáticos europeos, y por lo tanto, con nada hubiera contribuido a su resurrección. «Los americanos, escribe otra vez Nicolson, aportaron con ellos su aversión por las instituciones europeas, su desconfianza hacia la diplomacia y su fe misional en la igualdad de los hombres.»

Nadie más que el presidente Wilson encarnaría mejor la mentalidad de esta diplomacia americana en un momento en que los Estados Unidos se colocan en un puesto preeminente como potencia mundial. Animado por un idealismo utópico, Wilson derriba el principio del equilibrio de las potencias que, por otra parte, estaba desacreditado en Europa, aporta la idea principal de la igualdad de los pueblos en la vía internacional y sostiene la necesidad de que las negociaciones diplomáticas deben producirse a la luz del día. Desde este momento, afirma Nicolson, el mundo vive bajo el signo de los métodos y las características de la diplomacia americana. El mundo libre concentra sus posibilidades de acción diplomática sobre todo después de la segunda guerra mundial, en manos de un Estado gigante. Este Estado gigante asume la responsabilidad, acaso única en la Historia, de defender la causa del mundo libre y hacer triunfar, en definitiva, la causa de la libertad, ante la presencia

agresiva de otro Estado gigante, la Unión Soviética y su mando, cuyos métodos diplomáticos residen en la fuerza, la violencia, el terror y la insidia.

Nicolson critica la diplomacia americana por su falta de continuidad y su oportunismo, por su falta de coherencia y de convicción. Sin embargo, en este Estado gigante él observa más número de virtudes que en ningún otro en la historia de los Estados gigantes. «Yo sé incluso, afirma, que los americanos, hasta cuando pretenden reírse de las lecciones de la Historia, digieren de un modo sorprendentemente rápido las experiencias de los demás. Creo, además, que los principios de la verdadera diplomacia, que son inmutables, prevalecerán al fin y contribuirán a disminuir la confusión en la cual la transición entre la vieja y la nueva diplomacia ha lanzado por el momento al mundo.»

II

Indudablemente, en la actual coyuntura del mundo, la presencia de los Estados Unidos es decisiva. Cualquiera que sea el divorcio y la aversión que esta gran potencia siente por los valores de Occidente, que Europa encarna en el campo de la política y el espíritu, por paradójica que nos resulte la situación, sólo Norteamérica puede garantizar la supervivencia de estos valores. La actual encrucijada del mundo hace que Europa, por sí misma, pese a que muchos vean aún en ella una entidad política digna de tenerse en cuenta y con peso suficiente en la balanza de las fuerzas, no puede hacer frente sola al peligro de la embestida del Estado gigante soviético.

Por lo tanto, en el juego de las fuerzas de la política mundial, la diplomacia americana desempeña un papel de gran importancia. Se trata de un tipo de diplomacia impregnado a la vez de pragmatismo y de idealismo, de oportunismo y de arquetipos morales, que ha constituido sus principios básicos y sus métodos de prisa con elementos sencillos, a medida que los Estados Unidos hacían su irrupción en la escena mundial. Es curioso lo poco que los europeos se han preocupado por encontrar una explicación o simplemente por seguir los avatares de la diplomacia americana, cuando se piensa que las dos mayores tentativas de conseguir un orden mundial, surgidas de las dos guerras mundiales, llevan el sello de la mente y la mentalidad norteamericana.

Por ello creemos de interés un libro como el de George Kennan, antiguo embajador norteamericano en Moscú sobre *La diplomacia americana*. Desde que Kennan publicó este libro en Estados Unidos, en 1951, algunas de sus ideas han variado, otras de sus actitudes con referencia al actual momento

mundial se han acentuado. Kennan forma parte de una nueva generación de intelectuales y diplomáticos norteamericanos que ante el creciente y amenazador poder de Rusia creen en el poder mágico de una buena diplomacia y en la eficiencia de las buenas negociaciones. No es menos cierto que algunos de estos «espíritus libres», que encabezan desde hace algunos años la doctrina del «containment», dieron con anterioridad la señal de alarma ante la amenaza que representaba Rusia para la paz mundial y los errores de la política rooseveltiana. Kennan, partidario actual del «containment», ante la idea de «dibutación» activa de los pueblos esclavizados por el comunismo encabezada por el antiguo trostkiksta James Burham, se encuentra entre ellos. No es el mismo el caso de Walter Lippmann, doctrinario de la diplomacia rooseveltiana y uno de los responsables morales de los mercados de Yalta y de Potsdam, que ahora considera, desde sus columnas del *New York Herald Tribune*, un error de la política norteamericana no reconocer la presencia rusa, como potencia mundial, en la Europa martirizada, en el Asia que se levanta contra el hombre blanco, en las convulsiones del nacionalismo árabe.

El libro de Kennan sobre *La diplomacia americana* es uno de los más lucidos e instructivos a pesar de que su carácter (cuatro conferencias) y el tiempo transcurrido desde su publicación (siete años) hacen que la suya fuese una visión parcial y no rigurosamente actual. Kennan analiza, en primer lugar, el origen de la diplomacia americana en su perspectiva mundial. Es, en realidad, un origen recentísimo. Los Estados Unidos empiezan a hacer diplomacia mundial, naturalmente, desde que, conseguida la unidad política interna, su política se asoma al Pacífico. Durante todo el siglo XIX los Estados Unidos fundaron su política mundial en la doctrina de Monroe, del aislacionismo y el panamericanismo, doctrina que unía a Norteamérica a Europa mucho más de lo que parece. En realidad, la doctrina de Monroe y su aplicación sería inconcebible si Norteamérica no hubiese contado con el apoyo de Inglaterra, a saber de la flota británica, la más poderosa a lo largo de todo el siglo XIX. Sólo así se explica que Norteamérica se encontrase en condiciones de negar toda ingerencia en América a la Europa nacida bajo el signo de la Santa Alianza.

Durante todo el siglo XIX, la diplomacia de los Estados Unidos fué una diplomacia defensiva. Su mirada estaba puesta en el mundo atlántico, y su secreto consistía en una alianza implícita con Inglaterra. Pero a través del siglo XIX una nueva perspectiva se abre a la política exterior de Norteamérica. Su interés de carácter económico y expansionista en el Pacífico. Desde este momento un carácter dinámico y activo se desprende de las orientaciones

básicas de la diplomacia norteamericana. Mayor era el interés de Norteamérica por los problemas del Pacífico, más acentuado era el aislacionismo en cuanto a los problemas europeos. Esta característica de la diplomacia estadounidense se puede decir que no ha sido abandonada del todo ni siquiera hoy en día, después de los enormes desengaños sufridos en el Extremo Oriente y del gran interés que ha vuelto a ocupar Europa en las mentes americanas y en su concepción en torno a las grandes posibilidades de Norteamérica en el mundo.

Lo cierto es que durante cincuenta años la diplomacia activa norteamericana y la mentalidad norteamericana general corresponden a esta trayectoria descrita por Raymond Aron: «El americano, de origen europeo, mira hacia el Oeste: primero hacia las fronteras territoriales, luego hacia el Pacífico. Continúa a volver la espalda a Europa, a la cual pide sólo que le deje en paz, para que edifique una sociedad libre, sin precedentes, que encarne los mejores esperanzas de la Humanidad. Al Oeste, un continente mal conocido le atrae, abierto a su anhelo constructor y misional. La guerra más popular, la que los Estados Unidos sintieron inmediatamente como suya, fué la del Pacífico.»

La diplomacia americana en el Extremo Oriente se inicia y continúa largo tiempo, bajo el signo de la doctrina de la «puerta abierta», doctrina que implicaba la integridad territorial y la unidad política de China. En China se concentra el interés principal de esta política que con este espíritu se inicia, en gran parte contra la presencia y los intereses europeos, y con este espíritu continúa hasta 1950. La doctrina de la «puerta abierta» se inspira en una nota famosa de John Hay, secretario de Estado en 1898, que sostenía precisamente la unidad política y administrativa de China. Si es verdad que, debido a la poca aceptación que esta doctrina tuvo entre las potencias europeas interesadas en China, a los mismos intereses económicos de Norteamérica en este país, el abandono oficial de esta política que se produjo temporalmente, los principios de la «Open door» penetraron en la opinión pública americana como un verdadero impacto estadounidense en el derecho y la sociedad internacional.

III

Durante cuarenta años, afirma el embajador Kennan, la doctrina oficial de la «Open door» constituyó de hecho el modelo de la diplomacia americana. Una diplomacia basada en idealismo y en principios morales que, sin

embargo, Norteamérica no se sentiría capaz de defender e imponer por la fuerza. Una diplomacia «sin realismo», como dirían los críticos actuales de la diplomacia norteamericana, un Lippmann, Alsop, e incluso el propio Kennan. Kennan critica la doctrina de la «puerta abierta» desde este punto de vista, no considerándola ni siquiera original, ya que las potencias europeas la habían esgrimido con anterioridad en China, ni correspondiente a la realidad, ya que consideraba a China una nación, según el modelo occidental.

Kennan insiste en el análisis de la doctrina de la «puerta abierta», y al considerar los errores últimos de la diplomacia de su país, está inclinado a ver sus orígenes lejanos más que sus causas inmediatas. Según él, esta doctrina no tuvo en cuenta ni la presencia y los intereses británicos en el Extremo Oriente, ni la creciente presencia del Japón en el juego de fuerzas del Extremo Oriente. Una concatenación lógica existiría, por tanto, entre la nota de John Hay y las trágicas circunstancias de Pearl Harbour. «Yo no puedo afirmar, dice, que Pearl Harbour hubiera sido evitable si nosotros hubiéramos sido, durante un largo período, más circunspectos ante los japoneses, más atentos a las exigencias de su posición, más dispuestos a discutir con ellos las dificultades de su punto de vista. En fin, no puedo señalar un acto de la política americana y decir: he aquí la cosa que ha inclinado la balanza del futuro. Un hecho trae siempre otro, en la serie de acontecimientos humanos. Cada error es, en un sentido, producto de todos los errores pasados, lo que lleva a una especie de indulgencia y determina, en cierto sentido, todos los errores futuros, de donde deriva su carácter imperdonable. Nuestra acción, en política extranjera, es acumulativa. Pienso que en las circunstancias que han llevado a la segunda guerra mundial en el Pacífico debió haber una línea de separación entre la fase en que nuestros esfuerzos hubieran podido evitar lo peor y la fase en que esto no hubiera sido posible.»

Con este espíritu, Kennan actualiza las voces que, mucho antes de Pearl Harbour, profetizaron las graves consecuencias de una eventual derrota del Japón y su sustitución por el comunismo al servicio del Kremlin en el Extremo Oriente. La causa estriba en la sustitución de una política concreta y realista por ilusiones sentimentales y juicios de orden moral. A la misma crítica está sometida la política norteamericana durante y después de la primera guerra mundial. A la base de esta política, Kennan ve en gran parte ignorancia de los problemas, cierto dogmatismo, espejismos de la moral individual aplicada al orden internacional. Sin realismo, sin un justo cálculo de las oportunidades, presente en los destinos del mundo, Norteamérica pasa del neutralismo e aislacionismo más rigurosos y absolutos a la teoría, absurda

y que lleva a desastrosas consecuencias, de la guerra y la victoria total. Kennan compara a Norteamérica a aquellos monstruos prehistóricos que, acostados en su barro primitivo, hace falta pincharlos fuerte para que se sientan amenazados. Entonces golpean con furia ciega y destruyen todo, amenazando su propio contorno. En efecto, Norteamérica interviene con el principio de la guerra total, tanto en la primera como en la segunda conflagración mundial, siendo este mismo principio en gran parte la causa de que la primera fuese el origen no muy lejano de la segunda.

Kennan se esfuerza, además, por penetrar las razones arcanas, psicológicas, de los errores de la diplomacia americana. Lo hace, por otra parte, con espíritu propedéutico, sin negar a esta diplomacia calidades notables y concederle la atenuante de cargar con la difícil herencia y responsabilidad de una dura y formidable transición. Reconoce que en esta gran coyuntura mundial Norteamérica ha entrado «con las ideas y los métodos de una pequeña nación neutral», a la vez que ve el mayor defecto de la diplomacia americana en el hecho de abordar «los problemas internacionales con un espíritu jurídico-moralizador». A la sociedad internacional con sus problemas específicos, el norteamericano quiere aplicar sus propias normas de vida civil. El no puede comprender «que lo que ha sido posible para trece colonias, en circunstancias determinadas, no pueda serlo en el campo internacional. Por ello, en vez de buscar para los problemas internacionales las soluciones menos nocivas para la estabilidad internacional, se cree preferible buscar algún criterio jurídico, susceptible de determinar la conducta de los Estados».

A ello se debe que, en una organización como las Naciones Unidas, Norteamérica lucha por defender, en nombre de este espíritu jurídico, ficciones peligrosas. En nombre de esta ficción de una ley mundial, se ignora la esclavitud de tantas naciones, se ignora la «proyección del poder y la coerción sobre otros pueblos que falsifican por entero formas de gobierno establecidas y las explotan contra ellas mismas», se ignora «el ataque ideológico, la intimidación, la penetración y los golpes de fuerza enmascarados bajo la soberanía nacional», el procedimiento «el Gobierno fantoche y de las técnicas con que los Estados pueden ser convertidos en fantoches sin violar o amenazar abiertamente los atributos externos de su soberanía».

Este juego dialéctico que sostiene la moderna diplomacia americana, la política americana rectora del mundo, entre sostener la ilusión de un orden jurídico mundial hasta lo absurdo y el despertar terrible de la fiera amenazada y furiosa por su propia, enorme buena fe desengañada, es lo que más condenan espíritus como George Kennan. Ellos preferirían, como es natural,

una diplomacia basada en una lógica política, hecha de prudencia, de continuidad y de clarividencia.

En la trágica disyuntiva actual del mundo, tal como se nos dan los hechos, «hic et nunc», nosotros preferimos el terrible despertar del monstruo prehistórico. En otras palabras, a los kennanistas, doctrinarios del «containment», doctrina cuyos frutos se han podido comprobar en estos últimos años, preferimos, siquiera en esta hora tardía de los supremos desengaños, a los burnhamistas y su doctrina de liberación.

IV

La reciente integración de Alaska, como el 49 componente de la constelación estadounidense, ha recibido una serie de comentarios en lo que se refiere a su importancia estratégica para el continente americano y a los cambios de mentalidad operados durante estos últimos años en la política del Gobierno de Washington.

El hecho se presta, además, a un análisis de perspectiva, sobre todo porque es necesario ver hasta qué punto la política norteamericana y sobre todo sus relaciones con el mundo, vive bajo el peso inexorable de algunas líneas de orientación tradicionales. El periodista norteamericano de origen ruso Víctor Alexandrov, conocido sobre todo como biógrafo de última hora del dictador ruso Nikita Jruschof, ha publicado últimamente un libro de real interés desde el punto de vista que nos preocupa. Se trata del libro *El oso y la ballena* (Historia de las relaciones extraordinarias ruso-americanas). Fué precisamente la literatura diplomática norteamericana de la época del «New deal», encabezada especialmente por Walter Lippmann, la que recurrió, mientras el mundo se perfilaba dividido bajo el dominio de dos colosos políticos, Estados Unidos y Rusia, a las figuras simbólicas del Antiguo Testamento, para justificar las posibilidades de convivencia de los dos monstruos bíblicos en el marco de los imperialismos modernos. Naturalmente, la literatura política americana, dominada por la mentalidad puritana y por el optimismo de un pueblo joven que se enfrentaba de pronto con graves responsabilidades, olvidaba que en la afabulación bíblica entre los dos monstruos, el Leviathan y el Behemoth, dominando uno el poder terrestre y el otro el marítimo, el gran choque permanece inevitable.

El «oso» y la «ballena» están, por lo tanto, destinados a luchar entre sí, como su mismo carácter anfíbio ancestral lo indica. En el marco de los con-

claves internacionales, en las zonas geográficas más alejadas del dominio directo de una u otra potencia, los conflictos se plantean y prefiguran las grandes conflagraciones. Las relaciones entre Rusia y Norteamérica deciden hoy, por decirlo así, la suerte del mundo. Por ello, la historia de las relaciones entre los dos colosos es, en cierto modo, más que eso, historia, realidad viva y candente.

En el origen de las relaciones diplomáticas entre Norteamérica y Rusia se da ya un hecho curioso que interesa a España. Nos hallamos en plena guerra de la independencia norteamericana. La Inglaterra de Jorge III necesita soldados para hacer frente a la insurrección de sus súbditos en el Nuevo Mundo. Para buscarlos, recurre a los buenos oficios de la emperatriz Catalina II, ofreciéndole cinco libras esterlinas anuales por cada cosaco dispuesto a luchar para reprimir la rebelión de los colonos. Pero además de esta suma impresionante para la época, Inglaterra ofrecía a Rusia, ya llena de ambiciones, nada menos que la isla de Menorca, y ante la resistencia rusa, la misma fortaleza de Gibraltar. En realidad, el curioso proyecto no se realizó; los americanos conquistaron su independencia, pero un verdadero reconocimiento por parte de Rusia no se produce hasta mucho más tarde, bajo Alejandro I y a raíz de la famosa misión Adams a San Petersburgo.

Desde el primer momento, una serie de conflictos caracterizan las relaciones entre los dos grandes Estados. El primero tiene lugar en las costas de California, donde los rusos habían establecido en 1798 una «Compañía ruso-americana de las pieles», con sede en Novo Aikangelsk, en la Alaska actual. La presencia rusa en Alaska fué, durante algún tiempo, como una especie de continuación de la colonización siberiana. En 1806 fuerzas rusas aparecen en California y en la Bahía de San Francisco, enfrentándose desde el primer momento con la autoridad del gobernador español. El segundo conflicto se produce en 1812, cuando los rusos aparecen por segunda vez en California, con la intención de establecer allí una colonia, combatida por los norteamericanos. Los Estados Unidos se percatan de este modo, por vez primera, del peligro que presentaría para el futuro la aparición rusa en las costas del Pacífico. Monroe, secretario de Estado y futuro autor de la doctrina homónima, escribía a este propósito en 1816: «Si consideramos el porvenir lejano, comprobamos que la sola circunstancia que pudiera motivar un conflicto entre Estados Unidos y Rusia procedería de sus intereses respectivos en el Pacífico. Por lejano que nos resulte este peligro, bien estaría prevenirlo.» Unos años más tarde, un periódico de Boston precisaría aún más: «Los rusos han avanzado en las costas del Pacífico hasta Bodega. Su política no es sino de»

desarrollo de la política de Pedro el Grande y de Catalina. Alejandro ha emprendido la ejecución de un plan digno de sus vastas ambiciones. El quisiera ocupar el golfo y la península de California, así como los territorios españoles de la América del Norte.»

El Tratado firmado el 17 de abril de 1824 entre Estados Unidos y Rusia pone fin a la expansión zarista en California, aleja por un período largo el conflicto ruso-americano en el Pacífico y fija los límites de la Alaska rusa en el paralelo 54°. Desde este momento en las relaciones ruso-americanas reina un período de amplia normalidad. Hasta pasada la Guerra de Secesión americana se puede decir que nada rompe la monotonía de estas relaciones. Esta monotonía se rompe mediante la venta que Rusia hace a Norteamérica de Alaska, la «América rusa». No era la primera vez que los rusos abandonaban un territorio que luego iba a pasar a manos de los americanos e iba a convertir a los Estados Unidos en la más importante potencia del Pacífico. Con anterioridad, los rusos habían abandonado, como hemos visto, por la presión americana, California, y sin la intervención de nadie, las islas Hawai. Las circunstancias en que los Estados Unidos compraron Alaska presentan muchos aspectos curiosos, y ellos fueron fruto de una gran resistencia por parte del Senado americano, una laboriosa resistencia comparable a la que el mismo cuerpo legislativo ha opuesto en estos últimos años a la incorporación de aquel vasto e importante territorio como el 49 Estado de la Unión.

La adquisición de Alaska se puede decir que fué obra personal del secretario de Estado norteamericano, Seward, el principal forjador de la expansión norteamericana en el Pacífico, el cual iba a ser, según la doctrina formulada por él, «el principal teatro de los acontecimientos en los años venideros». En realidad, el mismo Gobierno ruso, visto el pésimo resultado económico de sus empresas en América del Norte, concibió el plan de vender Alaska a los Estados Unidos. La idea fué defendida sobre todo por el ministro ruso en Washington, barón Eduardo von Stoeckl, el cual informaba que los Estados Unidos estarían dispuestos a «conquistar» Alaska por la fuerza. En realidad, Estados Unidos demostraba muy escaso interés por este territorio, puesto que al ofrecérselo Rusia por poco más de siete millones de dólares, no se apresuraban en concluir el mercado. La guerra de Secesión aplazó las negociaciones, pero una vez terminada, von Stoeckl volvió a la carga, y Seward, el nuevo secretario de Estado, se apresuró en comprar la «América rusa», 600.000 millas cuadradas de territorio, por la suma de 7.200.000 dólares.

El magnífico negocio norteamericano fué calificado por una parte de la prensa como una «locura de Seward», y el inmenso territorio, grande cuanto

la quinta parte de los Estados Unidos, como «el jardín de osos polares» del presidente Johnson. Sólo después de agitados debates el Senado ratifica, en abril de 1867, por 27 votos contra 12, el tratado ruso-americano de compraventa de Alaska, sin que esto impida que los créditos de compra tarden en ser votados por la Cámara de Representantes hasta julio del año siguiente. Pese a la premura con que el Gobierno de San Petersburgo quiso deshacerse de Alaska, llegando a comprar con dinero a políticos americanos contrarios a la operación, y pese al escepticismo con que la opinión americana acogió la adquisición de este inmenso territorio desértico, no faltaron los visionarios capaces de entrever la importancia de la expansión americana en el Pacífico. «El Océano Pacífico, decía uno de ellos, será el teatro de los triunfos de la civilización futura. En esta línea se librarán las grandes batallas del mañana. Allí se forjarán las nuevas instituciones del mundo y serán decididos sus destinos. Si esta transferencia (la de Alaska) se logra, ya no habrá «civilización europea», ni «destino europeo» que nos controle. Habrá una civilización más elevada, un destino más noble. Habrá una civilización americana, un destino americano incorporando 600 millones de almas.»

Después del episodio de la venta de Alaska, los Estados Unidos y Rusia han vuelto a encontrarse en un terreno de intereses comunes. La doctrina de la «puerta abierta» y la presencia americana y rusa en el Extremo Oriente, el papel de Teodoro Roosevelt en la guerra ruso-japonesa y el pacto culpable del otro Roosevelt, que salvó del desastre y ayudó como nadie la expansión imperialista de la Rusia de Stalin, la doctrina política de la normal convivencia entre el oso y la ballena.

Ahora, ante la perspectiva de la actual generación, se plantea el inexorable conflicto entre los dos colosos. Sus misteriosos hilos, sus antecedentes lógicos, pueden ser seguidos a través de episodios como este de Alaska, nombre hecho actualidad por convertirse en territorio indiscutible de los Estados Unidos. Objeto de un mercado que no parecía interesar en demasía a ninguna de las partes hace ochenta años, es ahora una de las zonas estratégicas más importantes en la guerra del mañana. Porque en esta los dos colosos de hoy, el oso y la ballena, Leviathan y Behemoth, se pueden encontrar y atacar más de prisa.

JORGE USCATESCU.